LAS JORNADAS DE LA LUCHA CONTRA LA LEPRA

UNA VISITA A FONTILLES

POR

DEMETRIO ZURBITU S. I.

De la Revista «RAZON Y FE»

25 de Diciembre de 1928.

MADRID

ADMINISTRACIÓN DE «RAZÓN Y FE»

Plaza de Santo Domingo, 14.

Obras del R. P. Luis Coloma, S. J.

	Rústica	Tela
Boy	4	5,50
El Marqués de Mora	2	3,50
Retratos de Antaño	6	10
Ratón Pérez	0,60	
Solaces de un estudiante	4	

Obras del R. P. Alberto Risco, S. J.

Flores silvestres	4	
Don Juan de Austria	2,50	4,50
Mil hombres	5	7
Caramelos de menta	3,50	4,50
Mariela	5	
Los que triunfan	5	
Los dos amores	0,75	
Pepín	0,75	
Claveles sevillanos	4	

Obras del R. P. Julio Alarcón, S. J.

Un feminismo aceptable	2	4
Un gran artista	2	4
Una celebridad desconocida	2	4

DIRIJANSE LOS PEDIDOS A:

Sr. Administrador de "Razón y Fe". Plaza de Sto. Domingo, 14.

APARTADO 8001. MADRID (8).

El ocaso del Patronato Real en la América española

LA ACCION DIPLOMATICA DE BOLIVAR ANTE LA SANTA SEDE A LA LUZ DEL ARCHIVO VATICANO

Por el P. PEDRO LETURIA, S. J.

Es libro interesante, no sólo para los historiadores de profesión, sino también para todas las personas ilustradas de España y de la América española.

Forma un tomo de 340 páginas de 15 por 23 cm.
Precio: **8 pesetas** en rústica y **10** en tela.

RAZÓN Y FE -:- Apartado 8001. -:- MADRID

LAS JORNADAS DE LA LUCHA CONTRA LA LEPRA

UNA VISITA A FONTILLES

POR

DEMETRIO ZURBITU, S. I.

De la Revista «RAZÓN Y FE»

25 de Diciembre de 1928

R. 484

Fontilles
BIBLIOTECA MÉDICA
Sanatorio San Fco. de Borja
03791 Fontilles (Alicante)

MADRID
ADMINISTRACIÓN DE «RAZÓN Y FE»
Plaza de Santo Domingo, 14.

Las jornadas de la lucha contra la lepra

UNA VISITA A FONTILLES.

He visto la ciudad del dolor.

He subido monte arriba entre viñas y olivares en busca de este rincón de mundo aislado del comercio de las gentes. He llegado a Fontilles. Y cuando por aquellos caminos bordeados de naranjos en flor, o a la sombra de los pinos frondosos, o por los senderillos montaraces salpicados de adelfas y geranios me he tropezado con los leprosos que paseaban al sol de la mañana sus miembros roídos y sus carnes andrajosas, me ha parecido que allí se habían dado cita los más terribles dolores que pueden poner a prueba la paciencia del hombre.

Poco a poco, según entraba el día, los caminos se iban poblando y era cada vez más angustiosa la exhibición de aquel retablo de dolores. Aquí un tullido arrastrado en un carrito porque la lepra paralizó sus miembros; allí un ciego guiado por un compañero porque la lepra apagó para siempre sus pupilas; más allá otro y otros que no conservan de las manos más que un deforme muñón, porque la lepra inexorable les ha roído los miembros; y por todos lados aquellos rostros escamosos, tumefactos, sembrados de tubérculos, roídos a partes, aquellas figuras laceradas en las que tan trágicamente se ha cebado el azote que roe, deforma y mata.

Esta es, verdaderamente, la ciudad del dolor.

Todo el día ha durado por los caminos floridos el desfile de esta

doliente teoría. Al fin la campanita de la iglesia ha tocado a oraciones. La noche ha llegado, una maravillosa noche del mayo levantino. Desde los altos de la leprosería, la vista salvaba el valladar de montes que rodea a Fontilles y por una brecha entre dos vertientes se extendía por la marina y hasta el mar.

Brillaba el plenilunio en todo su esplendor. Allá abajo, en el mar lejano, centelleaba un sendero de luz. Tierra adentro el paisaje parecía como envuelto en un polvillo de plata, que flotaba en la claridad indecisa. Allí cerca, no sé dónde, cantaba una fuente; un grillo precoz, engañado, sin duda, por el ambiente estival, se adelantaba a la canícula llenando la noche con su infatigable chirrido; y silbaba mansamente entre los pinos un vientecillo tan sutil, que parecía la respiración del silencio nocturno.

Rompióse de pronto el hechizo. De los jardines iluminados, donde bullían en grupos los leprosos, subía rumor de voces. En la sección femenina, algunas enfermas asidas de las manos danzaban una ronda infantil, y revolaban las faldas agitadas al compás de no sé qué romancillo de amor y de guerra. Más allá, entre los hombres, iba y venía a capricho del viento un confuso rasguear de guitarras. Crepitaban los palillos, sonaban palmas. A veces, bruscas como cohetes, estallaban en los grupos frescas risotadas; y una voz enferma, temblona y quebrada dejó en el aire suspensa la candencia de una copla.

Tenía todo aquello un eco extraño en aquella ciudad del dolor, y convidaba a meditar. ¿Era posible? ¿Podían aquellos desdichados estar contentos? ¿Cabía la alegría en aquellos pobres cuerpos marcados por el terrible estigma?

Cuando poco a poco fuí conociendo en todos sus pormenores la obra que desde el año 1909 se viene realizando en Fontilles, lo que allí se trabaja para curar el cuerpo y alentar el alma, pude comprender aquello que a primera vista parecía un imposible. Por desgraciado que se sienta el leproso, en Fontilles —sólo Dios sabe a cuánta costa— le han hecho concebir una doble esperanza: la esperanza de curar, agradable para todo enfermo, para el leproso, por lo terrible de su mal, preciosa. Y si esta esperanza falla, si la dolencia es rebelde, o está demasiado adelantada, o el cuerpo agotado no responde a los esfuerzos de la medicina, la esperanza cristiana, el recuerdo del cielo, el premio de la paciencia, que tanto

mayor recompensa tiene prometida cuanto mayores fueren las adversidades en que ha sido probada; comprendo perfectamente que pueda reir y cantar, por muy desgraciado que sea, el leproso a quien sostienen estas esperanzas.

No serán muchos los lectores de RAZÓN Y FE que sepan lo que es Fontilles. Menos aún serán los que conozcan el importante papel que ha desempeñado hasta ahora y tendrá que desempeñar en adelante, en la campaña nacional contra la lepra. Para noticia de unos y de otros van escritas estas páginas.

* * *

La historia de Fontilles, y con ella la de las diversas jornadas de la lucha contra la lepra en España, está inseparablemente unida con la de los últimos veinte años del popular misionero P. Carlos Ferrís, de la Compañía de Jesús (1).

Al comenzar el siglo, fuera de unos pocos iniciados, a quienes la profesión de la medicina ponía en contacto con algún leproso, nadie sabía que se diera en España la terrible plaga. Una circunstancia providencial hizo que el P. Ferrís en sus andanzas apos-

---

(1) El P. Carlos Ferrís Vila, el hombre a quien más deben los leprosos de España, nació en Albal (Valencia) el 8 de diciembre de 1856. Terminados sus estudios sacerdotales, dijo la primera Misa en su pueblo natal, el 29 de marzo de 1880. A fines de 1893 entró en la Compañía de Jesús, en el noviciado de Gandía, y desde entonces vivió constantemente consagrado al ministerio de las Misiones, en el que sus extraordinarias dotes naturales y su elocuencia, tan sencilla como arrebatadora, le hicieron uno de los hombres más populares en todo el reino de Valencia. Murió en la casa de Gandía, donde había pasado la mayor parte de su vida religiosa, a 18 de octubre de 1924.

En los últimos días de diciembre de 1901 tuvo lugar su encuentro providencial con el primer leproso. Desde aquel día la constante preocupación del Padre Ferrís fué la de aliviar, por todos los medios que la Providencia pusiera a su alcance, la triste situación en que se hallaban los atacados de la terrible enfermedad. La malicia de unos y la ignorancia de muchos suscitaron toda clase de dificultades contra la realización de este caritativo propósito; pero el gran corazón y la aguda inteligencia del popular misionero supieron poco a poco vencerlas con el auxilio de sus numerosos amigos.

A fines de 1904 comenzó a publicar el Boletín mensual *La Lepra*. Tenía ya reunidas por entonces gran cantidad de limosnas, fundado el Patronato de San Francisco de Borja para la futura Leprosería, y escogido el lugar de Fontilles (Alicante), donde debía edificarse. Una R. O. del Ministerio de Gobernación, publicada en la *Gaceta*, con fecha de 7 de septiembre de 1908, hizo público que el Gobierno aprobaba el proyecto y ofrecía para él su apoyo, sin que esto significara por entonces la concesión de ningún subsidio material. Por fin, el 17 de enero de 1909, inauguróse solemnemente la Leprosería de Fontilles con la admisión de los siete primeros enfermos.

tólicas hubiera de albergarse unos días en la vecindad de un leproso y que a través del tabique medianero oyera toda una noche las quejas del cuitado. Supo al día siguiente la triste suerte del enfermo; vivía abandonado en una buhardilla; y era tal el horror con que le miraban sus convecinos, que por no acercarse a él le negaban hasta los más insignificantes servicios.

Aquello fué una revelación. No eran leyendas del tiempo viejo ni historias prodigiosas de *Flos Sanctorum*; había leprosos de verdad. El había visto con sus ojos el rostro horrible y las llagas hediondas, y advertido cómo las gentes se apartaban de su lado con horror, como si sobre el desventurado pesara alguna maldición. ¿Sería el suyo un caso excepcional o habría otros enfermos como aquél?

De pregunta en pregunta, de pesquisa en pesquisa, el P. Ferrís vino a averiguar que eran bastantes los casos de lepra conocidos en aquellas aldeas de Alicante. Quiso verlos por sí mismo; aquello era mucho más triste de lo que nadie se podía imaginar. Uno vivía tirado sobre unos trapos en un mala choza, abandonado como bestia sarnosa, cuyo fin se esperaba con impaciencia para arrojar sus despojos a un muladar. Otro se había acogido a las quebradas de un agreste barranco y en una grieta entre las peñas vivía acorralado como bestia dañina, sin osar parecer ante los ojos de nadie. Cuando el Padre se acercaba, huían despavoridos, avergonzándose de su propia deformidad.

Ante aquel espectáculo, que partía el alma, el P. Ferrís tuvo una corazonada: había que fundar un Sanatorio donde los leprosos hallaran cuidado para sus cuerpos llagados y, sobre todo, consuelo para sus almas laceradas. No contaba con nada, ni veía camino abierto por ninguna parte; pero él lo buscaría. Y a buscarlo se dedicó desde luego con aquella infatigable actividad que sólo puede inspirar un grande amor a Cristo y a sus pobres.

Era esto en diciembre de 1901; hasta mediados de diciembre de 1909 no pudieron admitirse los primeros enfermos. Los trabajos efectuados por el P. Ferrís en estos nueve años, las cartas, visitas, viajes, conferencias, consultas, inspecciones, fiestas de propaganda, colectas, tómbolas, subastas, las innumerables diligencias de todas clases que le ocuparon aquellos años, apenas podrían contarlas sus propios amigos y colaboradores; afortunada-

mente llevaba buena cuenta de ellas Aquel que ha prometido que no dejará sin recompensa ni el vaso de agua ofrecido al sediento por su amor. Pero al fin el Padre veía realizado su sueño de tantos años. La Leprosería quedaba abierta a los enfermos; era dueña de un bonito valle de 739.000 metros cuadrados, contaba con carretera propia de cuatro kilómetros, que había consumido, es verdad, la mejor parte de las limosnas tan fatigosamente recaudadas, pero que le era indispensable para comunicarse con el resto del mundo, y tenía instaladas en diferentes pabellones la Administración, la Hospedería del Padre jesuíta, Director espiritual de la Colonia; la Capilla, la Clínica para los enfermos y la habitación para las Hermanas Terciarias Franciscanas de la Inmaculada, encargadas del servicio de los leprosos.

Siete fueron los admitidos el día de la inauguración; al terminar el año eran ya más de treinta. Durante mucho tiempo no pasaron de cincuenta por falta de medios para la construcción de nuevos pabellones; pero al morir el P. Ferrís excedían ya del centenar. Hoy se ha doblado casi este número; y cuando quede terminado —que será pronto— el grandioso pabellón de Santa Isabel, con cabida para unos 200, y el de la Sagrada Familia, donde podrán albergarse otros tantos, pasarán de 500 los enfermos que podrán ser atendidos en la Leprosería.

He aquí en pocas palabras su edificante historia.

* * *

El aspecto que hoy ofrece Fontilles al visitante es sobremanera pintoresco; forma en su conjunto un ancho valle casi circular, protegido a Poniente por la abrupta montaña *dels Avencs* (abismos), sobre la que se levanta como gigantesco centinela el *Peñón de Laguar*. A una y otra mano la cadena de montes se prolonga en semicírculo formando la cerca natural del valle; y de pronto, al llegar a Levante, las laderas de ambas partes se hunden en suave pendiente dejando entre las dos una inmensa bocana que se abre sobre la llanura, frente al mar. Por este lado la perspectiva no puede ser más alegre y luminosa. Casi a los pies, el Marquesado de Denia, extensa planicie cubierta de naranjales y salpicada de blancos caseríos; descollando sobre el oscuro verdor de los

huertos, los campanarios de catorce pueblos esparcidos por el llano; a lo lejos, sobre la costa, dominándolos a todos en recuerdo de añejo señorío, la silueta legendaria del castillo de Denia; y por fin, al fondo, la faja luminosa del mar, el Mediterráneo azul por el que salen camino del mundo los frutos de aquella tierra privilegiada.

Pero no hay que mirar afuera, más allá del cerco de montañas. En el recinto mismo del valle, la tierra fecunda y el clima ideal han hecho de Fontilles poco menos que un paraíso. Crecen los naranjos en los huertos hondos, sobre cuyas tapias se desborda en todo tiempo el verde pomposo de sus frondas oscuras. Monte arriba, en las laderas más quebradas, se han escalonado infinidad de márgenes construídos de piedra seca al estilo del país, con un innegable sentido de la elegancia. En aquellas angostas fajas de terreno ganadas a la montaña palmo a palmo, crecen frondosos los almendros y cerezos, olivos y algarrobos; y en todas partes las vides asomadas al borde de los bancales descuelgan por las márgenes en talud las guirnaldas de sus pámpanos. Yo no sé si ello es de mucha utilidad para la economía de la Colonia; ciertamente es un encanto para la vista.

Se ha tenido además desde un principio particular empeño en esparcir por todas partes las flores que Dios ha creado para alegría de los ojos. No hay sendero ni camino que no tenga a los lados su rosario de geranios; por las tapias y paredes trepan los jazmines, se enredan los rosales, cuelgan a racimos las campanillas moradas; y en parajes más batidos por el sol, es una fiesta para los ojos ver las *bougainvillias* que ponen su mancha brillante de púrpura sobre las paredes encaladas, blancas como la nieve.

Sobre este fondo pintoresco están salpicados los diez y ocho edificios que hoy constituyen la Colonia; y queremos hacer de ellos aunque no sea más que una rápida enumeración para que pueda calcular el lector el gigantesco esfuerzo que supone el haber llevado las cosas, casi exclusivamente con limosnas, al estado en que actualmente se encuentran.

A la entrada se halla un *edificio-portería,* con sótano, planta baja y un piso para habitación del portero y su familia. Muy cerca, a la derecha, está el pabellón de la *Administración,* con habitaciones para el administrador y sus auxiliares, garage, cuadras,

vaquería, gallinero, molino aceitero y talleres de carpintería y herrería. Enfrente se levantó ya desde un principio la *Hospedería,* parte de la cual está habitualmente destinada a *Casa de Ejercicios.* Estos tres edificios, colocados en la parte más alta de la finca, están exclusivamente destinados a los sanos.

En la parte baja del valle se agrupan los pabellones de los enfermos y de los que se han consagrado a su servicio. Descuella en primer lugar sobre un altillo la *iglesia* y adosada a ella la *casa* para los Padres y Hermanos jesuítas que desde su fundación hasta el día de hoy tienen a su cargo la dirección espiritual de la colonia (1). Para habitación de los enfermos se destinan: el *Pabellón de San Rafael,* para hombres, donde pueden albergarse hasta cuarenta enfermos. El *Pabellón de la Virgen de los Desamparados,* para mujeres, en el que pueden acomodarse otras cuarenta leprosas. El *Pabellón de San Lázaro,* para solos tres enfermos, está reservado a los casos en que sea necesario el aislamiento. El *Pabellón de Santa Isabel* con cabida para 200 leprosos. El *Pabellón de la Sagrada Familia* (en construcción). La *Enfermería* con un departamento para hombres y otro para mujeres, hace las veces de hospital y se destina a los enfermos de mayor gravedad. En la planta baja están instalados los comedores, la cocina y en edificio aparte el *horno* que abastece de pan a todo el Sanatorio.

Para las curas y demás servicios sanitarios hay: un *Departamento de Baños* con agua fría y caliente, en cuyo piso superior está el *Salón de Actos* para veladas y sesiones públicas de cine o de teatro. La *Clínica* con el *Laboratorio de Leprología* y material de curas. El *Lavadero* está provisto de un gigantesco *autoclave* para la esterilización de todo cuanto haya estado en conctacto con el leproso. Cabe holdagadamente en él una cama sin desmontar. Por la compuerta que da al aire libre se introduce por manos de leprosos la ropa que debe lavarse. Sácala luego por la compuerta que

(1) Como testimonio de la admiración a que se han hecho acreedores, ponemos aquí la lista de los Padres de la Compañía de Jesús que desde la fundación de Fontilles se han empleado en el abnegado ministerio de atender a las almas de los leprosos. Son los Padres Ramón Faura, Ramón M. Mensa, Esteban Avellí, José Calbet, José Tarrago y Ramón Guasch, que desempeña en la actualidad el cargo de Director espiritual de la Colonia.

se abre al interior un empleado sano y de allí ya desinfectada pasa al lavadero y secadero mecánicos y a la contigua ropería.

Las personas que se dedican al servicio directo y cura de los leprosos viven en dos edificios. Uno es el *Pabellón de las Hermanas y auxiliares,* con capilla privada en la planta baja; y otro la *casa del Practicante,* edificada a media montaña en lugar aislado de los enfermos y con habitación holgada para dos familias.

Por último, en lo más alto de la montaña y oculto en un espeso pinar está el cementerio, rincón apacible y florido, perfumado de salvia y hierbabuena, de tomillo y espliego, donde los 230 leprosos que hasta ahora murieron en el Sanatorio esperan el día de la Resurrección que ha de devolverles resplandecientes de gloria los cuerpos que durante la vida sufrieron en paciencia la lenta agonía de la descomposición.

Cuando de esta manera se abarca de una mirada la obra en su conjunto una pregunta viene espontáneamente a los labios; la adquisición de estos terrenos, la construcción de tantos edificios, la manutención diaria de enfermos y empleados, y el abundante y costoso material sanitario que debe gastarse en las curas cotidianas, han consumido, sin duda ninguna, fabulosas cantidades de dinero durante los veinte años que lleva ya de vida el Sanatorio. ¿De qué arcas han salido todos estos caudales? La respuesta dejará, tal vez, asombrado a más de un lector. La inmensa mayoría de esos recursos han sido debidos a las limosnas y donativos de la caridad cristiana.

Verdad es que el Estado ha contribuído desde el año 1917 con una subvención anual harto mezquina a los comienzos, un poco más cumplida, aunque siempre insuficiente, en estos últimos años (1). Cierto es también que las Diputaciones interesadas, Cas-

---

(1) Por cierto que una de las varias veces que el P. Ferris estuvo en Madrid para negociar la subvención, ocurrióle una anécdota que quiero referir aquí porque pinta el carácter del popular misionero. Había andado de despacho en despacho y de Ministerio en Ministerio; de Gobernación a Hacienda, de Hacienda a Fomento, de Fomento otra vez a Gobernación, y ya comenzaba a desesperar cuando le dijeron que en este último Ministerio había una buena noticia para él. Corrió el Padre al Palacio de la Puerta del Sol, y en efecto, el Ministro le comunicó muy satisfecho que había conseguido para él... la Gran Cruz de Beneficencia. Contestó el Padre con mucha cortesía, dándole las gracias, pero añadió con su peculiar donaire que "para cruces, con las que Dios le en-

tellón, Alicante, Valencia y en menor proporción las de Bilbao y Albacete contribuyen, a su vez, en una u otra forma a los gastos de sus leprosos albergados en el Sanatorio. Pero si la Divina Providencia no hubiera despertado constantemente en su favor la largueza de la caridad cristiana, con cuyas limosnas se pudiera hacer frente a las insaciables necesidades de la Leprosería, tiempo hace que ésta hubiera tenido que cerrarse. Permítaseme descender a una pequeñez de la Administración que por sí sola es bastante elocuente. Enfermos hay que en cada cura —y ésta es diaria— gastan un kilogramo de algodón hidrófilo que cuesta en el mercado seis pesetas. La cuota que se paga al Sanatorio por los leprosos subvencionados es de 3,50 pesetas diarias. ¿Quién se encarga de nivelar la diferencia y de atender a las restantes necesidades del enfermo? ¿Con qué fondos se atiende a la edificación de nuevos pabellones?

Dios concedió al P. Ferrís una especial habilidad para suscitar bienhechores. Sus extraordinarias dotes de simpatía personal, su gracia inimitable y la caballerosa franqueza de su carácter, vencían todas las resistencias. Hízose popular entre sus favorecedores aquella donosa frase que a algunos parecía un chiste, pero cuyo hondo sentido cristiano les hacía a otros reflexionar: "Vengo a *hacerle el favor* de pedirle una limosna para mis leprosos" Juntábase a esto la incesante actividad del Padre, que no dejaba de poner en práctica cosa ninguna que creyera podía traerle alguna limosna o acrecentar los recursos de la Leprosería. Ferias de caridad, subastas, sorteos, todo entraba dentro de sus planes. Tuve ocasión yo de asistir a una de estas célebres subastas donde *el P. Carlos*, como comúnmente le llamaban, se encargaba en persona de rematar uno por uno los objetos en venta. "¿No hay quién dé más, señores? ¿No hay quién dé más?" Y mientras sus gracias oportunas, sus agudezas de ingenio y sus discretas alusiones hacían las delicias de la concurrencia, él les limpiaba bonitamente las bolsas. Fué verdaderamente el hombre providencial

---

viaba tenía bastante. Lo que él había venido a buscar era una subvención que le ayudara a sostener a sus leprosos."

Y no tuvo por entonces la Gran Cruz (tuvo que aceptarla más tarde), pero consiguió la subvención.

para una obra cuyo principal sostén ha sido el donativo espontáneo de la caridad.

* * *

Cuando el P. Ferrís concibió el proyecto de fundar el Sanatorio de Fontilles, no pensó probablemente en que fuera posible la curación de sus leprosos. Su programa, por entonces, se resumía en dos palabras: cuidados y consuelos. Que el enfermo estuviera bien atendido en el cuerpo para aliviar en lo posible sus sufrimientos; y que su espíritu recibiera el consuelo de la piedad y religión, único bálsamo para los dolores incurables.

Según este programa, uno de los principales recursos en su Leprosería era el trato cariñoso, el afecto paternal del Padre, que miraba por sus almas, la confesión, la comunión, la misa y el rosario, y con esto el fomento de las virtudes cristianas, particularmente de la conformidad con la voluntad Divina, que el leproso necesita más que nadie para sobrellevar su desventura. Nada hay que tanto contribuya a hacerles tolerables los sufrimientos como esta vida de piedad. Se han visto, por lo general, tan maltratados de los hombres, que en cuanto se les abre el camino, espontáneamente van a Dios como a su verdadero consuelo. Ya saben que él no los rechaza, es el Unico que no mira con horror sus llagas; y por muy leprosos que sean tienen derecho a decirle: "Padre nuestro que estás en los cielos".

Entró, por consiguiente, desde un principio en el plan de la Leprosería el que las fiestas de la Iglesia se celebraran con toda solemnidad. Adorábase al Niño en Navidad y cantábanle villancicos los leprosos al son de panderetas y zambombas. Había distribución solemne de candelas y de Ramos en sus días respectivos. Celebrábanse con toda solemnidad los Oficios de Semana Santa. Hacíase con flores y cantos el mes de María. Y como la mayor parte de aquellos pobrecillos habían vivido muchos años acorralados y escondidos sin poder entrar en una iglesia, lloraban de alegría al oir el canto de una Misa solemne y ver el altar cuajado de luces y flores. Parecíales que otra vez habían vuelto a ser hombres.

Toda la vida recordará el que esto escribe la impresión que produjo en su alma una tarde de Corpus en Fontilles. Era en-

tonces tan diminuta la capilla, que la función de iglesia hubo de ser modesta y breve. Pero en cambio fuera, en campo abierto, bajo el sol de junio y el cielo azul, la procesión fué triunfal. Iban delante las leprosas con sus mejores ropas, los enfermos también con sus trajes domingueros. Cuando se puso en movimiento el cortejo por el camino sembrado de flores, y retumbaron los estampidos de las salvas, y la campanita comenzó a voltear en su espadaña como alocada, hasta enmudecer, no es fácil formarse idea del reflejo de felicidad sobrehumana que iluminaba aquellos rostros deformados. Bailábales en los ojos la alegría y no sabían apartarlos de aquella Custodia que temblaba entre las manos del sacerdote bajo el palio de seda. El P. Ferrís, estaba radiante; iba y venía entre las filas cantando a grito herido y exhortando a cantar. Y los leprosos cantaban; pero ¡cómo cantaban, Dios mío! Las voces eran roncas, oscuras, apagadas; algunas ni eran voces, sino soplos afónicos en las gargantas roídas por el mal. Ellos, sin embargo, cantaban, temblando de emoción, engallando la cabeza, congestionados los rostros, como haciendo esfuerzos para llenar los ecos del valle con las alabanzas del Señor que salía de su casa entre leprosos para recorrer sus jardines y visitar sus pabellones. No espero ver en mi vida un Corpus más emocionante que aquel Corpus de Fontilles.

En este ambiente tan apacible, sostenida la voluntad con los alientos de optimismo que inspira la esperanza cristiana, tranquilas las conciencias y ungidas las almas con la suavidad de las prácticas religiosas, los leprosos viven contentos. Se les oye reir y cantar; tienen humor para ensayar funciones de teatro y regocijar a sus compañeros con farsas ingenuas y grotescas mascaradas; y hasta han organizado una banda de veinte instrumentos, que en los días de arroz y gallo muerto atruenan los caminos con sus dianas y pasacalles.

Esta alegría humanamente incomprensible es la admiración de cuantos penetran un poco en las intimidades de la Leprosería. Un testimonio citaremos que vale por muchos; es el del Dr. Boente, Inspector Provincial de Sanidad de la provincia de Orense. En febrero del año pasado visitó Fontilles en comisión casi oficial para estudiar sobre el terreno lo que debía ser la proyectada Leprosería Regional de Galicia. Cuando al terminar su visita se despedía

de Médicos y Directores, les decía así: "En Orense haremos tal vez muy pronto una Leprosería. Puede ser emplazada en sitio tan pintoresco como éste, los edificios podrán hasta superar a los de aquí. Pero el alma de Fontilles, el espíritu de Fontilles, el bienestar ambiental de Fontilles, ¿lo conseguiremos?, ¿cómo se llega a eso? ¿Quién es capaz de hacer que los leprosos estén en el estado de conformidad y de alegría de vivir que supone esta banda de música, este teatro, estas risas?"

Esto es tanto más notable cuanto que según el testimonio de los médicos —y a los que no lo somos no nos costará creerlos— el leproso tiene marcada tendencia a la melancolía. Un sabio alienista norteamericano en cierto artículo publicado en *The Journal of the American Medical Association* de octubre de 1927, sobre *Las Psicosis de los leprosos,* saca como consecuencia de las innumerables observaciones hechas con este fin que "no se puede decir que la lepra provoque en el enfermo lesiones cerebrales específicas (no halló en sus observaciones más que un 20 por 100 de anormales); pero en cambio, tampoco se puede dudar que el leproso es propenso a la perturbación y que el carácter general de su psicosis parece ser la depresión mental y la melancolía" (1). Una vez más se demuestra que no hay regla sin excepción. La ley del alienista americano no reza, por lo visto, con los simpáticos y alegres leprosos de Fontilles.

* * *

No se crea, sin embargo, que el trabajo de los Directores del Sanatorio se limita a sostener el espíritu del leproso y enseñarle resignación. Ha llegado la hora de que digamos algo de la titánica lucha que hace veinte años vienen sosteniendo en la Leprosería las mejores competencia médicas para curar radicalmente la lepra. Las 32 curaciones de leprosos, conseguidas hasta ahora, han sido el más cumplido premio de esta perseverancia. Bien pueden estar satisfechos de esos excelentes resultados el eminente dermatólogo valenciano Dr. D. Mauro Guillén, que ha dirigido casi desde los comienzos los trabajos clínicos, y el médico del Sanatorio, doctor

(1) L. L. Cazenavette, M. D. "Mental aspect of Leprosy". En *The Journal of the American Medical Association,* New Orleans, 29 oct., 1927; vol. 89; páginas 1496-1500.

D. Pedro Abal, que ha sido en todo momento un eficaz colaborador.

Las jornadas de esta lucha han sido bien penosas; bueno será recordarlas ahora que ya se puede contar como segura la victoria.

No parece que el P. Ferrís —ya lo hemos escrito más arriba—, pensase al fundar la Leprosería en curar eficazmente la lepra. Sus aspiraciones al principio fueron seguramente más modestas. Contentábase con aliviarla. Pero era natural que una vez reunidos en regular número los enfermos y puestos en contacto con los médicos, surgiera en éstos y se comunicara al caritativo fundador el deseo de saber lo que en diferentes partes se hacía para la curación de la lepra. Eran noticias lejanas, inciertas, contradictorias; pero, en fin, puesto que otros trabajaban para curarla, también el P. Ferrís quería que en su Sanatorio se hiciera todo lo posible. Desde aquel momento esta fué ya su preocupación, mejor diríamos, su obsesión. No había que dejar medio, ni perdonar sacrificio, ni omitir diligencia en la que hubiera alguna probabilidad de resultado.

Apareció por entonces en el mundo de la medicina el famoso "606" del Dr. Ehrlich, anunciado en todas partes a bombo y platillo como remedio definitivo contra la sífilis. ¿No se decía que la lepra y la lues eran infecciones afines? Era preciso, pues, probar el nuevo específico. Y comenzaron las inyecciones de prueba, los ensayos y los análisis. El remedio obraba como tónico eficaz. En los enfermos tratados notábase mejoría; pero no era cosa duradera ni menos definitiva. El procedimiento quedó abandonado.

De luengas tierras, luengas mentiras. Desde tierras de Argel llegó por entonces la fama de una célebre Mad. Pirelli, famosa aventurera de la medicina, con algo de ensalmadora y mucho de bachillera, la cual, según contaban, hacía maravillas con la lepra. Lo mismo, poco más o menos, se decía desde Cuba de un tal Angelito García, de quien la fama pregonaba que en curar leprosos tenía mano de santo. Alguna dificultad hallaban todos en reclamar la cooperación de aquellos indocumentados. Pero el mismo exceso de buena voluntad, y aquel deseo impaciente del P. Ferrís, que quería probar desde luego todos los medios razonables en los que hubiera alguna esperanza de curación, vencieron las resistencias; y la madama argelina y el cubano García, vinieron a Fontilles a ensayar sus curas. Las gotas de aceite de chaulmoogra que ad-

ministraron a los enfermos, no hicieron el milagro esperado. Añadiéronse los baños astringentes con una infusión de cierto árbol exótico denominado *mangle*. Mejoraba con esto el aspecto exterior del enfermo, cerrábanse las llagas; pero en realidad la infección continuaba en toda su fuerza, y uno tras otro los dos milagreros hubieron de retirarse fracasados y mohinos.

Todavía los médicos no abandonaron el campo. Adoptóse a falta de cosa mejor un tratamiento higiénico a base de duchas antisépticas en la nariz; completábase la cura con la aplicación de pomadas para evitar la rinitis (afecciones nasales) y el uso de baños calientes y jabonosos. Tampoco aquel era el buen camino. Llególe entonces la vez al yoduro potásico, con buenos resultados en algunos casos; y tras él vinieron el bismuto, el antimonio, el arsénico, el cobre y el oro. *¡Nihil intentatum!* No quedó cosa por probar; mas en todas ellas el efecto, si alguno se notaba, era transitorio. Alguna mayor esperanza dió el ginocardato de sosa, pero tampoco sus efectos resistieron la prueba del tiempo y este tratamiento fué arrumbado como los anteriores.

Sin embargo, no habían sido perdidas estas tentativas. La eliminación de los procedimientos cuya inutilidad había probado la experiencia, traía como resultado una selección de los métodos curativos y una mayor seguridad de acierto. Eran ya conocidos por entonces los ensayos hechos en diversas partes con el aceite de chaulmoogra y sus derivados; y algunos especialistas habían hecho pruebas decisivas en varias leproserías del lejano Oriente. Se conocían los inconvenientes del chaulmoograto de sodio de Rogers, las ventajas de los esteres etílicos del aceite de chaulmoogra preparados según el método de Dean (Honolulu) o el de Perkins (Culión-Filipinas); y la fórmula de Mercado —mezcla de aceite alcanforado con el de chaulmoogra a partes iguales y 4 por 100 de resorcina— era adoptada en muchas partes con excelentes resultados.

Todos estos ensayos repercutían día por día en Fontilles, desde donde el Médico Director, Dr. D. Mauro Guillén, seguía paso a paso todos los progresos de la Leprología mundial. Quiso Dios alegrar los últimos días de la vida del P. Ferrís, dándole el consuelo de que viera por sus ojos los primeros leprosos curados en su Leprosería. A mediados del 1924, eran ya varios los enfermos dados

de alta; y aunque la modestia de los médicos y su temor a inesperadas ofensivas del terrible bacilo les hacía mirar aquellas curaciones como condicionales, la verdad es que la observación clínica y el análisis bacteriológico probaban que se trataba de verdaderas curaciones.

Desde entonces acá el tratamiento de los enfermos ha seguido sin descanso con aquel entusiasmo que inspira la seguridad de haber acertado con el verdadero camino. Como no todos los enfermos responden de igual manera a la medicación, se han adoptado según los casos los diversos preparados del aceite de chaulmoogra (1) que ofrece la casa Bayer; para unos las inyecciones intramusculares de *Antileprol* con el 1 por 100 de alcanfor mezclado con aceite gomenolado a partes iguales y un 2 por 100 de cicloformo; para otros el *Antileprol* sin alcanfor en inyecciones intravenosas, en las que la experiencia ha demostrado que reside la máxima eficacia, aunque los accesos de tos y de sofocación y los desórdenes nefríticos que producen, dificultan su aplicación en algunos casos. Toman además todos los enfermos, salvo rarísimas excepciones de intolerancia invencible, las cápsulas queratinizadas Bayer, cada una de las cuales contiene medio gramo de esteres; y aumentando lentamente las dosis, hay enfermos que llegan a ingerir en esta forma hasta 20 y 30 gramos diarios del precioso medicamento.

No satisfechos todavía los médicos de Fontilles con los resultados obtenidos, aún siguen probando los procedimientos nuevos que tengan en su apoyo el sufragio de la ciencia. Cuando el que esto escribe visitaba la Leprosería a fines de mayo, acababan de comenzar aquel mismo día los ensayos de un nuevo medicamento, el *Alepol,* constituído por los ácidos de más baja fusión del aceite del

---

(1) El aceite de chaulmoogra procede de un árbol de la India, el *Teraktogenos Kurzii,* de cuyas semillas se extrae por presión en frío. En el comercio se venden también con este nombre otros aceites inferiores procedentes del género *Hipnocarpus,* cuyos resultados no pueden compararse con los del verdadero chaulmoogra; y aunque los esteres etílicos que la casa Bayer ofrece con el nombre de *Antileprol,* a juzgar por los efectos con ellos obtenidos, parecen ofrecer todas las garantías de legitimidad, sin embargo, la dirección médica de Fontilles, para mayor seguridad, ha preferido adquirir directamente en la India un barril del verdadero chaulmoogra y prepara por sí misma en el Laboratorio los esteres en sus diferentes formas.

ginocardio. No hemos sabido hasta el presente los resultados obtenidos.

Esta medicación interior se completa eficazmente con los minuciosos cuidados higiénicos, el régimen alimenticio, el baño diario y sobre todo con el tratamiento a base de la nieve carbónica que sustituye con ventaja al cauterio y contribuye eficazmente a la reconstitución de los tejidos de la piel y a la restauración de la *facies* normal del leproso.

La lucha ha sido larga y costosa; pero el éxito ha premiado cumplidamente estos esfuerzos aunados de la ciencia médica y la caridad cristiana. Hasta la fecha han salido curados de Fontilles 32 leprosos; y si es verdad que para mayor garantía se les obliga a volver periódicamente a Fontilles para confirmar su curación o repetir el tratamiento según los resultados del análisis, también es cierto que las curaciones son indiscutibles, y que ya la lepra ha dejado de ser un estigma, para entrar en la categoría de las demás enfermedades graves y penosas, pero no incurables.

Estos halagüeños resultados llegaron como era natural a noticia de los hombres de ciencia por los artículos que sobre ellos se publicaban en las Revistas técnicas y por las comunicaciones hechas con ocasión de los Congresos de medicina. Por este camino el nombre de Fontilles ha rebasado las fronteras y han sido muchos los leprólogos eminentes que en estos últimos años han visitado detenidamente nuestra Leprosería. Esta vez el nombre de España no ha podido quedar en mejor lugar. El álbum de firmas donde los visitantes ilustres dejan en recuerdo su nombre, es una serie de alabanzas incondicionales, admirativas y entusiastas a la Leprosería, a sus instalaciones, a su espíritu, a sus directores y a sus procedimientos curativos. El Dr. Carrera, de Buenos Aires, el Profesor John Reestierna, de Estokolmo, que es la primera autoridad de Europa en Leprología; Mr. S. Martyn, de Inglaterra; el brasileño Dr. Souza Araujo, hombre de indiscutible competencia en la materia, en una palabra, cuantos han tenido ocasión de visitar Fontilles, todos le prodigan los más incondicionales encomios. Fuera de esto, el Profesor inglés S. Martyn, en carta dirigida al Dr. Guillén, confirmaba sus primeras impresiones y expresaba el deseo de que algunos estudiantes ingleses de Leprología vengan a Fontilles para estudiar en sus clínicas y trabajar en su

Laboratorio, "montado con el material más moderno y completo". Y el Dr. Souza Araujo, después de haber visitado las leproserías de cuarenta naciones para estudiar cuanto se hace en ellas para combatir la lepra, no tiene dificultad en afirmar que "la Leprosería de Fontilles es la mejor de Europa y casi tan buena como la de Carville (Estados Unidos), y el Dr. Mauro Guillén forma parte del pequeño grupo mundial de beneméritos que se dedican en cuerpo y alma a esa campaña humanitaria de curar leprosos" (1).

* * *

Entra con esto la Leprosería de Fontilles en la última etapa de su historia. Divulgadas por todas partes las curaciones en ella conseguidas, y publicados en las revistas técnicas diferentes estudios realizados sobre la lepra por medio de los enfermos allí recluídos, la Leprosería adquiere una importancia nacional. Sus éxitos han tenido entre otros resultados el de poner ante los ojos de los gobernantes el problema de la lepra en España como algo grave y urgente cuya solución es preciso emprender a toda costa.

Porque el problema de la lepra existía en España como existe en todas las naciones, aunque tal vez en la nuestra se presentaba con caracteres de gravedad particular. En una estadística del año 1914 —no la hemos hallado más reciente— se contaban en la nación 33 provincias con casos de lepra y un total de 898 leprosos; pero a juicio de los entendidos bien puede doblarse este número en la seguridad de que todavía nos quedamos por debajo de la verdad. Si se tiene en cuenta que un solo caso de lepra puede contagiar un pueblo entero, no es difícil comprender la importancia que puede revestir en una nación la lucha contra la lepra. El Gobierno del Directorio se dió cuenta de la gravedad del peligro largo tiempo descuidado, y decidió emprender resueltamente la campaña contra la terrible plaga. Fontilles había dado el ejempo; sus enseñanzas habían de ser provechosas para toda la nación.

Tuvo en este sentido importancia transcendental la visita que en los días 7, 8 y 9 de marzo de 1926 hizo a la Leprosería el Excelentísimo Sr. Director General de Sanidad, Dr. D. Francisco

(1) Dr. H. Souza Araujo, en "Medicamenta", febrero, 1927.

Murillo. Era la primera vez que los hombres influyentes en las cuestiones de la salud pública se asomaban al valle de Fontilles para hacerse cargo de la enorme labor que médicos y directores venían cumpliendo desde el año 1909. Las declaraciones que el Dr. Murillo hizo a *El Debate* (19 de marzo) al volver de su visita, reflejan bien la sorpresa y admiración que le causó la obra. Los cuidados médicos, el empeño por procurar el bienestar del leproso, el elevado espíritu de sana alegría, los pabellones, el personal, todo cuanto allí vió, en una palabra, mereció sus más cumplidas alabanzas. El ejemplo de aquélla, que al fin no era más que obra de beneficencia privada, debía estimular al Gobierno en la campaña que quería emprender contra la lepra.

Como el primer paso en este sentido es la reclusión forzosa de los enfermos en leproserías adecuadas, decretóse desde luego su creación. Dividióse para ello el territorio nacional en tres zonas, que correspondían a los tres principales núcleos de leprosos; el del Sur comprendía las provincias de Andalucía y Extremadura, y para la reclusión de sus leprosos se decidía la creación de una leprosería en Granada (R. O. de 23 de diciembre de 1926); la del Noroeste debía recoger los enfermos de las cuatro provincias gallegas (R. O. de 17 de febrero de 1927); finalmente, reconociendo que la Leprosería de Fontilles "está llamada a centralizar la asistencia de los leprosos existentes en las provincias de Alicante, Castellón y Valencia, y los dispersos, aunque en reducido número, por el litoral de Cataluña", el Gobierno resuelve prestarla decididamente su apoyo para la construcción de nuevos pabellones o ampliación de los ya existentes (R. O. de 22 de marzo de 1927). Aumentada generosamente la subvención anual prestada por la Hacienda pública, se han aumentado también las cargas en la Leprosería, la cual, "previo el oportuno contrato con las Diputaciones de las provincias de Levante, está obligada a admitir cuantos leprosos acudan al establecimiento, ya por mandato de la Diputación o ya por disposición del Gobernador de la respectiva provincia".

Quedaba con esto dado el primer paso; todos los leprosos de España estarán en adelante debidamente aislados y atendidos. Quedará desde luego evitada la difusión del contagio, y se atenderá a la curación de los actuales enfermos. Pero el Gobierno no

se ha contentado con esto. En veinte años de trabajar con los leprosos en Fontilles se ha acumulado un tesoro de experiencia que sería lástima no se explotara en provecho de todos. Los ensayos de curación, los análisis de secreciones, los estudios microscópicos de lepromas y tubérculos, y sobre todo el caudal de conocimientos personales de los que han pasado todos estos años inclinados sobre las llagas del leproso, han dispuesto admirablemente el terreno para la creación de un Laboratorio en el que los estudios de la especialidad pueden prestar una eficacísima cooperación en la campaña nacional contra la lepra. Esto es lo que ha pretendido el Gobierno al fundar y dotar en Fontilles un Instituto de Leprología (R. O. de 22 de diciembre de 1927, 6.º). Los trabajos de investigación llevados a cabo hasta el presente no son todavía muchos ni cosa de mayor importancia. Hay que dar tiempo al tiempo; que no valen aquí las improvisaciones, ni estos son estudios que puedan llevarse a paso de carga. Pero el porvenir está cargado de esperanzas, y la competencia del Dr. Mauro Guillén, Profesor-Jefe del Instituto de Leprología, autoriza todos los optimismos.

Por ahora, el problema que más principalmente preocupa la atención de los investigadores, es el diagnóstico precoz de la lepra. Todos los leprólogos reconocen que cuando el leproso viene a sus manos a los comienzos de la enfermedad, la curación es mucho más probable, casi puede darse por segura. Interesa, por consiguiente, sobremanera tener un medio rápido de diagnosticar los casos de lepra, antes de la aparición de los lepromas, tubérculos, etc,, señales todas que suponen la enfermedad bastante avanzada. Como para estos estudios lo primero que se requiere es la abundancia del material, la multitud de casos, las largas series de historias clínicas, Fontilles con sus 500 leprosos dará en esta materia todas las facilidades. Los eruditos estudios del Dr. Julio Miró sobre la reacción de Muchow y Levy, la memoria de don Antonio Llombart y los diferentes artículos del Dr. Guillén y del Dr. D. Pedro Abal, médico de Fontilles, son ya buena muestra de lo que se puede esperar del Instituto de Leprología.

* * *

Esto es Fontilles. Este es el papel que le corresponde en la campaña nacional contra la lepra. Dios ha bendecido los humildes comienzos de la obra del P. Ferrís; y el que al principio no pensó más que en formar un hogar abrigado y acogedor para los pobres leprosos, contemplará seguramente con soberana complacencia desde el cielo cómo su obra ha contribuído a endulzar las amarguras no sólo de unos cuantos leprosos de la provincia de Alicante, sino de todos los que en iguales circunstancias de abandono gemían en todos los rincones de España.

OBRA NUEVA

TRATADO DE

PSICOLOGIA EXPERIMENTAL

por **José Fröbes**, S. J., profesor de Filosofía en el Colegio Máximo de Valkenburg. Traducción al Castellano por **José A. Menchaca**, S. J., profesor de Filosofía en el Colegio Máximo de Oña.

Tomo I.—17 por 26 centímetros; I-XXIV y 672 págs.: 64 figuras.

«La recomendamos muy especialmente a los psicólogos que deseen orientarse rápida y seguramente a través de los innumerables tratados alemanes y anglo-sajones de psicología experimental... no encontrarán guía más fiel y documentado que el Reverendo P. Fröbes».

(*Revue des Questions scientifiques*, Lovaina.)

«...no dudamos en afirmar que éste es el mejor manual de Psicología experimental que actualmente poseemos».

(*Revista di Filosofía*, Milán.)

«Es una obra de gran mérito que merece el reconocimiento público y ser recomendada a todo el mundo».

(*Zeitschrift für Philosophie*, Leipzig.)

Precio del ejemplar en rústica, 25 pesetas.

EDITORIAL RAZON Y FE -:- Plaza de Santo Domingo, 14 -:- MADRID

RAZON Y FE

REVISTA QUINCENAL HISPANO-AMERICANA

Redactada por Padres de la Compañía de Jesús.

Precio de suscripción: 20 ptas. en España y naciones adheridas al convenio postal, y 30 en las demás naciones.

Número suelto, 1,50 ptas. **Número atrasado, 2 ptas**